

la madre patria del sonoro verbo español.

Alarcón sí que no flaqueó ante la lucha por la gloria. Faltándole escenario en México lo hemos visto trasladarse á Madrid y medirse con los ingenios de mayor talla que han producido las letras españolas. Lo hemos visto pobre, desposeído de belleza y fortuna, deforme, exiguo, escalar peldaño á peldaño la torre de marfil del arte, y ascender tan alto que se pierde su deformidad. La Real Academia Española, la austera, ha escrito el nombre de Alarcón en letras de oro al lado de los nombres de Cervantes y Lope de Vega, rindiendo así parias, aunque tardías, al insigne dramaturgo mexicano heredero de sangre de España.

La Verdad sospechosa, que representó en nuestro extinguido Teatro Nacional, con premura de ensayo, la artista María Guerrero, es una delicia continua. Frescura y naturalidad inimitables campean en los donosos versos en que el habla está realizada con esplendor; la versificación mansa y viva como un agua que corre, herida por el sol del arte, brilla y canta en murmurio ledó, en música arrulladora de poesía noble y pura. El asunto se desarrolla con fluidez suma; cada escena previene la siguiente y es una resultante de la anterior; el enredo viene por sí mismo, sin recurrir á urdimbres vulgares ó á situaciones inverosímiles. Podría decirse que Alarcón es el maestro del arte moderno de la comedia española. La unidad de la acción corresponde justamente al plan de la obra; y —miel sobre hojuelas— montada pulcramente por María Guerrero, se asiste á la resurrección del teatro antiguo español en todo su esplendor y se saborea una de sus mejores joyas, *La Verdad Sospechosa*, con arcaico deleite.

Pierre Corneille dió á conocer en Francia *La Verdad Sospechosa* bajo el nombre de *El Embustero*, y escribió: «Esta pie-

za está en parte traducida y en parte imitada del español. El asunto me ha parecido tan ingenioso y bien manejado, que he dicho muchas veces que daría dos de las mejores que he compuesto, con tal que ésta fuese invención mía. Se atribuye al famoso Lope de Vega, pero hace poco tiempo que me ha venido á las manos un tomo de Don Juan Ruíz de Alarcón en el que asegura que es suya, y se queja de los impresores que la han publicado á nombre de otro. Sea el que fuere su autor, lo cierto es que tiene gran mérito y no he visto nada en aquella lengua que me contente más.»

Hoy nadie ignora ya que esta preciosa comedia, cuyo fin moral es demostrar que el mentiroso se cubre de oprobio y suele caer en los lazos que tiende á los demás, es de Alarcón. *Las paredes oyen*, en cuyo desenlace el maldiciente recibe el castigo de su maledicencia, está elevada al rango de «*La Verdad Sospechosa*»; y como esas dos obras maestras, «*Los empeños de un engaño*» «*Quién engaña más á quién*», «*Ganar amigos*», «*Nunca mucho costó poco*», todas obedecen á un fin moral, enseñan y deleitan, sin que el moralista deje nunca de ser artista, sin que el precepto de Horacio sea violado jamás.

Y, sin embargo, se representaban sus obras sin que nadie le hiciera justicia, sino los editores que lo saqueaban viendo que eran obras maestras.

Su deformidad, á la que hace alusión en «*Las paredes oyen*»:

Doña Ana

¡Celia, si don Juan tuviera
mejor talle y mejor cara! . . .

Celia

¡Pues cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza;
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber. . . .